

La desinformación: Haig, un caso límite

El término "desinformación" no podemos decir que haya sido acuñado recientemente, sino que se está usando con excesiva frecuencia en el lenguaje político salvadoreño, y con un significado distinto del etimológico propio. Si bien es cierto que en rigor debería aplicarse el fenómeno de la carencia de información, de hecho se lo está equiparando a la "mala información", "información no objetiva", "información distorsionada, parcial, etc.". Haciéndole honor a la moda política impuesta, utilizaremos el término "desinformación" para comentar un caso, no digamos inconcebible —parece que ya ni al absurdo más extremo se lo puede llamar así—, sino límite, por lo repetido y por tratarse de un tal personaje.

Si alguien puede estar bien informado en el momento presente, es el gobierno de los Estados Unidos, con todos los medios y recursos materiales y humanos, la tecnología, la red de informantes extendida por todo el globo terráqueo y fuera de él —por medio de satélites y demás mecanismos—. Aparte de las embajadas y todo su personal, más los voluntarios, "misioneros" y otros colaboradores, dispone de "servicios de inteligencia" diferentes, pues además de la CIA cuenta con los propios del Pentágono, del Departamento de Estado y de otras dependencias importantes del aparato administrativo. Y el Departamento de Estado es la primera Secretaría, con acceso a las fuentes de información y a las reuniones del más alto nivel, como el Consejo Nacional de Seguridad. A pesar de todo, esa Secretaría y su más alto funcionario, el general Alexander Haig, han demostrado una "desinformación" que se puede catalogar como de

"límite", por lo grave y repetida. Algunos ejemplos, entre muchos posibles, bastarán para confirmar este grave aserto, al que hay que buscar alguna explicación.

Casi se puede decir que inició su gestión en la actual Administración con el famoso "Libro Blanco" sobre El Salvador, que no sólo denotaba "desinformación", sino que además quiso "desinformar" a todo el mundo, lo que provocó, por un lado, una diplomática sonrisa irónica y su inmediato engavetamiento en las cancillerías europeas y, por otro lado, el desenmascaramiento de la "desinformación" de parte de una publicación nada sospechosa, como el "Wall Street Journal" (ECA, julio 1981, 705), el reconocimiento ulterior del mismo Departamento de Estado, y el recordatorio del hecho en la revista TIME (22 marzo 1982, 8, 12).

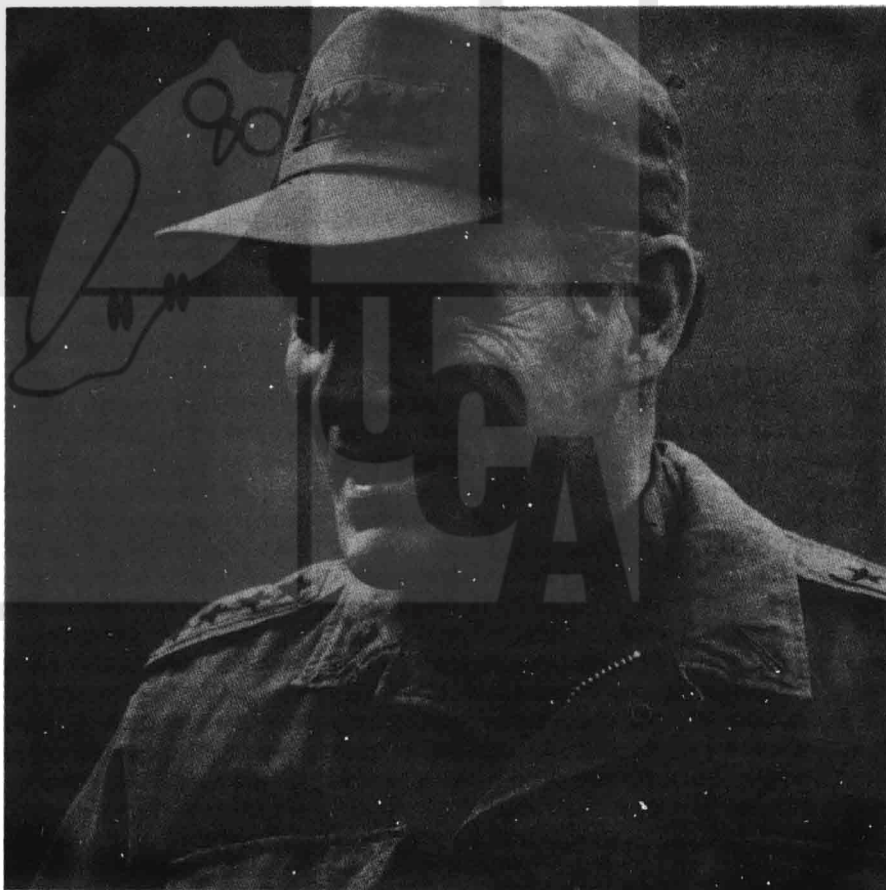
No terminaría el año sin que se tuviera otro tropiezo grave: la denuncia de que el Presidente libio, Kaddafi, había enviado un comando para asesinar al Sr. Reagan o a otros altos funcionarios (ECA, diciembre 1981, 1147), tal vez como justificación póstuma de la acción que derribó dos aviones libios en su propio espacio aéreo. La revista NEWSWEEK (8 de marzo 1982, 16) muestra que nunca llegó a territorio americano asesino libio alguno, según una fuente de información de la propia Administración.

Pero va a ser Centroamérica, y la obsesión de probar la intervención soviético-cubano-nicaragüense en El Salvador la que inducirá a una mayor "desinformación".

El Sr. Elliot Abrams, Subsecretario de Estado para los Derechos Humanos, hablando ante el Subcomité de Relaciones Exteriores del Sena-

do para Asuntos del Hemisferio Occidental, apoyó y ratificó las denuncias que hiciera el líder miskito, Fagoth, de que soldados sandinistas masacraron a indios miskitos, llegando hasta enterrar vivos a los heridos (El Mundo, 26 febrero 1982, 40; La Prensa Grafica, 27 febrero 82, 7; Diario de Hoy, idem, 7). Pero el mismo general Haig afirmó ante el Subcomité de Operaciones Exteriores del Comité de Asignaciones de la Cámara de Representantes que "tiene fotografías, que espera hacer públicas pronto, en las que se muestra el daño y la destrucción cometidos por el régimen sandinista en las aldeas de miskitos en Nicaragua (DH., 5 marzo 87). Las tales fotos fueron publicadas por el diario francés Le Figaro, cuya redacción aclararía, como consecuencia, que esas fotos no eran ni de miskitos ni del régimen sandinista, sino de guardias somocistas (cuando Somoza aún estaba en el poder) que amontonaba cadáveres de caídos en acciones sandinistas. El Secretario de Estado reconocería inmediatamente que le habían "desinformado".

En la misma sesión el general Haig afirmó: "hoy por primera vez, un militar nicaragüense fue capturado en El Salvador, que había sido enviado por el FSLN para participar en la dirección, que es tan evidente en esta operación guerrillera, desde "Nicaragua". El presidente del Comité, Clarence Long, dijo que deseaba ver y evaluar personalmente las pruebas, ver la evidencia, etc., lo que no dejó de molestar a Haig por la desconfianza para con tan alto funcionario (P.G., 5 marzo 82, 5; E.M., idem, 5). Al día siguiente el Director General de la Policía Nacional de El Salvador, Cnel. y Lic. Reynaldo López Nuila, convoca a una rueda de prensa a los periodistas nacionales y extranjeros para dar su versión del caso: el joven Ligmadis Anaxis Gutiérrez Espinosa fue capturado el 21 de febrero cerca de la frontera con Guatemala, denominada "Las Chinamas", venía enviado por los sandinistas para incorporarse a la lucha subversiva en acciones directivas, y debía hacer contacto con otro sujeto, para lo que fue conducido por dos



Haig: totalmente "desinformado".

agentes al supuesto sitio de reunión, y al pasar cerca de la embajada mexicana fue "secuestrado" e introducido a ella; el Encargado de Negocios de ese país pide ahora salvoconducto para ese joven y para dos asilados más (P.G., 6 de marzo 82, 5; D.H., idem, 4; E.M., idem, 13). El Ing. Duarte ratificaría luego las declaraciones de López Nuila (P.G., 8 marzo 82, 3), y en días posteriores se ampliaban las "declaraciones" que hiciera durante su detención, al tiempo que se indicaba que la inteligencia militar investigaba las personas e instituciones implicadas en dichas declaraciones (D.H., 11 y 13 marzo 82, 5; P.G., 11 marzo, 2; E.M., 12 marzo, 2). La madre del acusado inmediatamente desmintió la noticia y afirmó que su hijo ni era ni había sido militar —sólo participó en la Cruzada de Alfabetización— y que era un estudiante de física en la Universidad de Monterrey, Nuevo León, México, que tras un año de ausencia volvía a casa (E.M., 8 de marzo 82, 28); días más tarde insistió en la misma aclaración, contra las declaraciones de Haig en Washington de que "tenemos pruebas de que Gutiérrez Espinoza es militar nicaragüense y se integraría posteriormente a los guerrilleros salvadoreños" (E.M., 12 marzo 82, 5). En fin, la Cancillería mexicana afirmó que es un estudiante de Monterrey —dio su número de estudiante— que iba por tierra por carecer de dinero para el viaje en avión, y que no es guerrillero, como afirman autoridades salvadoreñas (Diario Latino, 6 marzo 82, 4). De todos modos, como el testigo se esfumó, habría que buscar otras pruebas —y tampoco eran satisfactorios los posibles testimonios de los aviadores desertores a Honduras y luego a Miami (TIME, 22 de marzo 82, 8-12).

El paroxismo de la "desinformación" se produjo con el caso de Orlando Tardensilla Espinosa. El Departamento de Estado había convocado a ex-altos funcionarios para mostrarles evidencias del armamentismo nicaragüense así como del suministro de armas e intervención militar en El Salvador (D.H., 11 marzo 82, 7). Posteriormente fue presentado Tardensilla en la oficina del vocero del Departamento de Estado, Dean Fischer (TIME, 22 marzo 82, 8-12), ante los periodistas. Este sujeto había sido capturado en El Salvador y presentado por el Comité de Prensa de la Fuerza Armada (COPREFA) a mediados de 1981 ante los periodistas, y confesó su participación en la guerra como enviado por el FSLN, entre otras cosas (D.H., 13 marzo 82, 46);

pero en Washington denegó aquellas declaraciones pues, dijo, las había hecho bajo torturas y amenazas, por lo que ahora aclaraba que había ido a incorporarse a la guerrilla salvadoreña por su propia cuenta y sin haber sido enviado por nadie; más aún, denunció que "un oficial de la embajada USA en El Salvador le presionó psicológicamente y le dijo que necesitaban demostrar la presencia de cubanos en El Salvador, y que le dieron la opción de ir a declarar a Washington o enfrentarse a una muerte segura"; pero que él no había recibido entrenamiento ni en Cuba ni en Etiopía, como se le acusaba (TIME, 22 marzo 82, 12). Aparte del consiguiente revuelo que produjo el caso, y del escándalo informativo, el canciller nicaragüense pidió que se lo entregaran en la embajada y que responsabilizaba a USA por lo que le pudiera pasar (E.M., 13 marzo 82, 1). El Sr. Reagan declararía ante periodistas: "es obviamente un mentiroso", "lo que me sorprende es que nadie haya especulado sobre la posibilidad de que haya sido algo arreglado", "para empezar, no sabemos a quien mintió" (E.M., 15 marzo 82, 5).

La otra promesa del Departamento de Estado se hizo pública con la profusión publicitaria de las instalaciones militares nicaragüenses (P.G., 12 marzo 82, 1) y de las comunicaciones de la guerrilla salvadoreña con Nicaragua, fotografiadas o detectadas por aviones espías, satélites, y por el barco estacionado por meses en el Golfo de Fonseca (TIME, 12 marzo 82, 12). Un diario salvadoreño (P.G., 12 marzo 82, 5) titulaba la noticia: **Nicaragua alarga pistas para aviones de combate**; pero en el texto comunicaba que el vocero del Departamento de Estado, el mismo Dean Fischer, reconocía que en 1975 AID había dado consejos a Somoza, e incluso un donativo, para alargar las pistas a 1.800 metros, aunque, claro está, no para fines militares; en cambio, ahora las están alargando a 1.980 metros, que es la longitud mínima para los aviones MIG-21.

Por último, y a pesar de que el caso no ha sido todavía suficientemente esclarecido ni se dispone de datos probatorios, basta indicar que el mismo vocero, Dean Fischer, afirmaba que en la muerte violenta de los cuatro periodistas holandeses en El Salvador la embajada americana en ese país había realizado una investigación y que no había pruebas para desconfiar de la versión oficial; aunque reconocía que la comisión investigadora no había visto los cadáveres (E.M., 20,

marzo 82, 17). Sin embargo, el responsable de los Derechos Humanos del Departamento de Estado el ya nombrado Elliot Abrams, se adelantó a declarar, según transmitió radio Washington, que lamentaba la muerte de los periodistas, pero que más bien había que felicitar al gobierno salvadoreño por permitir la entrada al país a los periodistas.

¿Cómo es posible que se den tantos, tan seguidos y tan graves casos de "desinformación" en la primera y principal Secretaría del país más poderoso del mundo, que pretende ser la primera potencia y la metrópoli del imperio de Occidente?

No se puede recurrir una vez más al consabido tópico de que ha sido consecuencia de una conspiración maquiavélica mundial del comunismo internacional, pues son sus mismos agentes, bien probados —y sus fieles colaboradores en todo el mundo— los que han tramado los hechos. Ni tampoco se podrá alegar que se carece de medios de información adecuados, ya que ningún país ni oficina dispone de recursos comparables, materiales y humanos, y de medios para el procesamiento y análisis de los datos. Ni tampoco se puede atribuir a un supuesto "subdesarrollo intelectual y político", dado el nivel de superdesarrollo en otros campos de la actividad humana. En fin, tampoco cabe el sostener que Haig es un militar y que, aunque pueda saber mucho de estrategia, no está capacitado para dirigir la diplomacia; pues no es un hombre sino un equipo de técnicos del más alto nivel el que elabora los informes y prepara las conclusiones; el Departamento de Estado no es el Pentágono, a pesar de que esté un general al frente —o no debería serlo.

No queda, por tanto, otra explicación plausible fuera de la distorsión de la realidad por la obstinación ideológica y el aferramiento a una tesis preconcebida sin correlación empírica. Y esto explicaría la acusación que se repite referente a la Administración USA en el sentido de que no aprende las lecciones de la historia, y de que repetidamente se equivoca en sus relaciones internacionales, jugando al perdedor.

Se afirma la tesis del enfrentamiento Este-Oeste, y consiguientemente hay que buscar —o forzar— las pruebas que la confirmen. Se asienta la tesis de que cualquier movimiento contra el status quo es "comunista", y por tanto malo e inaceptable, y no sólo hay que oponerse a él por todos los medios a mano, sino además hay que probar que hay intromisiones de metrópolis o satélites comunistas, y esos fantasmas aparecerán por doquier en todo momento. Se dogmatiza que la "aparente democracia" y las "elecciones", la "economía de mercado" y una serie de instrumentos más son lo mejor —si no ya lo más perfecto y único—y todo lo que de algún modo se oponga—o simplemente lo cuestione—es subversivo e inaceptable.

Con tales parámetros, con tales "prejuicios", con tales "dogmas" no se puede ir a enfrentarse con la realidad, que es mucho más compleja. Se podrá disponer de los medios y recursos humanos y materiales más sofisticados y redundantes. Pero las barreras ideológicas impuestas impiden ver la realidad en su concreción empírica. La obnubilación intelectual distorsiona completamente la captación de la realidad, e impide aprehenderla como es. Todos los pasos ulteriores están viciados de raíz. Las conclusiones a que se llegue, y las medidas que se tomen para afrontar esa "pseudorealidad", estarán equivocadas. Y se irá repitiendo con el tiempo, sin aprender de la historia.

Con amigos así ¿quién necesita amigos? La credibilidad se va perdiendo progresivamente, no sólo en el mundo entero, sino en los satélites del imperio, e incluso al interior del mismo se va creando un progresivo desmoronamiento crítico de sus componentes sociales. Con la credibilidad se le pierde también el respeto y se deslien las fuerzas sociales y morales que sustentan el imperio. No se concibe cómo el general Haig no haya presentado su renuncia al haber sido "desinformado" tantas veces por su "staff", o cómo no ha sido despedido de su cargo tras tanta prueba de incompetencia. ¿Tan cínica o tan viciada pueda ser la administración o el sistema?.

S.S.
marzo 26, 1982